

LA JUVENTUD CHILENA Y ARTURO PRAT

Clase Magistral a los Alumnos de los Cuartos
años Medios de Puerto Montt.

Por

Eduardo TAMPE Maldonado S. J.



STIMADOS JOVENES de Puerto Montt: A medida que transcurre el tiempo, lejos de atenuarse, se acen-

túa en el corazón de nuestro pueblo el hondo y sincero sentimiento de admiración hacia el capitán Prat y sus compañeros de heroísmo, y se extraen nuevos y más vívidos los destellos de la epopeya del 21 de mayo de 1879.

Es que, por instinto, el chileno reconoce limpiamente la prestancia del valor moral y se siente identificado en la parte más íntima de su ser, con aquéllos que en la heroica jornada de Iquique supieron desprenderse de sus preciosas ataduras terrenales para ofrendar su vida por la Patria... por Chile... por sus hijos.

No es que pensemos permanentemente en la gesta gloriosa del 21 de mayo ni en el significado de la decisión tomada por el comandante de la "Esmeralda" hace justamente 100 años y seguida, sin claudicaciones, por todos sus oficiales y tripulantes. Desafortunadamente, la presión de las preocupaciones cotidianas deja escaso tiempo para que la ciudadanía se detenga a considerar la grandeza de la historia patria

o los alcances de los hechos heroicos de nuestros antepasados.

De ahí la importancia de celebrar las efemérides nacionales. Estas fechas trascendentales en el calendario de las glorias de Chile han de servir no solamente para lucir gallardamente el pabellón nacional; para escuchar los acordes vibrantes del himno patrio o para estimular con el aplauso cordial y entusiasta a los miembros de las Fuerzas Armadas, durante sus desfiles marciales. También-y primordialmente—están destinadas a hacer un alto en las tareas diarias para dedicar unos momentos a la reflexión serena sobre nuestras responsabilidades como ciudadanos, frente al honroso pasado que heredamos, frente a la hora que estamos viviendo, frente al futuro que nos corresponde construir.

En este sentido, la conducta de Arturo Prat y de sus subalternos, constituye una lección de amor a la patria y de cumplimiento del deber que los chilenos de hoy no podemos desoír, cualquiera sea nuestra edad o nuestra condición.

No hablamos del valor físico en el combate, por supuesto, sino de la voluntad de luchar, de la conciencia sobre la necesidad del

sacrificio personal, de la resolución de aceptar la cuota de esfuerzo que a cada uno nos está reservada y de hacerle frente virilmente, como hombres y como chilenos.

Jóvenes estudiantes: creo no equivocarme al expresar que nada está más lejos de Uds. que el conformismo. Ser joven consiste, precisamente, en el sentimiento de una fuerza interna capaz de cambiarlo todo y de hacer que la realidad le obedezca hasta en sus más íntimos detalles. El paso de los años hace que el hombre acepte muchas cosas como inevitables. Esto nunca. So aceptará el joven, reacio a todo fatalismo y seguro de que la generosidad, el entusiasmo y el fervor lo hacen todo posible.

Por esta razón la juventud siente una inmensa atracción por los héroes, es decir, por aquellos que han realizado y están dispuestos a realizar proezas de vasto alcance. Sus héroes podrán encontrarse en todas partes: en la cultura, en el deporte, en el sacrificio por los demás, en las hazañas militares o en la consagración a tareas que demuestran que para el hombre no hay imposibles ni está nunca la vida detenida y fijada por un fatal determinismo.

Es imposible hacer que el joven admire las virtudes mediocres, las prudencias mal entendidas o las cobardías disfrazadas de cautelas. Con su perspicacia intuitiva descubre rápidamente lo que es falso y lo que es verdadero. Detesta la hipocresía y lo seducen más los errores generosos que los aciertos mezquinos. Por eso también siente aversión por los que le predicán vivir en una especie de cálculo en que hay que pesar y medir lo que se hace para tratar de sacar de ello los mejores rendimientos. La "economía" no entra en sus planes. Fracasan los maestros o consejeros que intentan convencerlo de que no debe malbaratar energías, ya que ser joven es sentirse de tal manera rico y millonario en posibilidades, que está siempre dispuesto a derrochar lo que su instinto le dice que podrá reponer inagotablemente.

En nuestros tiempos, eminentemente sociales y de masas, los jóvenes quieren, no ya una vida propia satisfactoria, sino una existencia que se refleje en la colectividad. Las desigualdades y las injusticias, los abusos y los maquiavelismos, los sacan de quicio. La lucha del joven por su autenticidad, como él la llama, para no falsificarse ni vivir una vida hechizada y artificial, se proyecta hacia el mundo en que está ubicado. Desea modificarlo y unirse a las

grandes multitudes, a fin de emprender una nueva cruzada de decisivos cambios y transformaciones. No quiere tener un destino aparte: anhela confundir el suyo con el de los demás. Busca, por eso, la solidaridad, el grupo, la tarea común, y quiere jefes, conductores que le señalen por dónde debe caminar y hacia dónde le toca dirigirse.

Hace años, escribiéndole a un adolescente que empezaba su vida y vacilaba al borde de su vocación humana, un gran poeta le estampó en una carta esta frase que ha dado la vuelta al mundo: "La juventud no está hecha para el placer, sino para el heroísmo". No la olvidó el destinatario y gracias a ella imprimió a su existir un acento calladamente heroico, que ha vuelto su nombre inolvidable.

Al mismo tiempo el gran escritor inglés Carlyle en su libro "El culto a los héroes" nombra una veintena de personajes de diversos países y épocas, y nos los señala como ejemplos que toda juventud debería imitar.

El heroísmo, según Carlyle, es la virtud propia de los grandes hombres que dejan una profunda huella en la mentalidad de sus pueblos, al sacrificarlo todo por un ideal, grande, noble, sublime, como el amor a la patria, el cumplimiento del deber a costa de la vida, o el cumplimiento de un juramento solemne aún más allá de la muerte.

La historia nos ofrece algunos ejemplos. En las guerras médicas (siglo V a.C.) el caso de Leónidas, el héroe espartano de las Termopilas. En la Edad Media, España ofrece el caso de Guzmán el Bueno en la batalla de Guadalete y que inspirara a Zorrilla su drama: "El puñal del godo"; en Francia, el de Roldán de Roncesvalles que dio origen a la "Canción de Roldán" y que los trovadores llevaron a todos los pueblos de Europa durante siete siglos. Como ejemplo de heroísmo colectivo, España también ofrece los casos de las ciudades de Sagunto, Numancia, Covadonga, Zaragoza, en que la población entera prefirió sucumbir antes que rendirse a los cartagineses, romanos, árabes y franceses de Napoleón, respectivamente.

Inglaterra tiene su héroe en Nelson que cuando sucumbe en Trafalgar, sin embargo, herido de muerte, sigue dirigiendo el combate hasta el fin, diciendo al expirar: "Inglaterra ha ganado hoy una de sus más grandes victorias".

Por último, Francia nos recuerda el caso del crucero "Vengueur" que se hunde con to-

da su tripulación cantando la Marsellesa, pero sin querer rendirse al enemigo. Podríamos seguir señalando hechos acaecidos en distintos lugares del mundo y que nos confirman nuevos actos de heroísmo, tanto personales como colectivos. En nuestra patria, joven todavía, nuestros corazones palpitan más fuerte cada vez que recordamos las acciones que realizara el cacique Lautaro y sus valientes araucanos, y al que un historiador bélico señalara como "el genio de la guerra natural". Acerquémonos más todavía a nuestro tiempo y admiramos el heroísmo, unido a la genialidad, de Manuel Rodríguez para burlar a sus perseguidores... El grano caído en la tierra no está condenado a morir; de él brota la vida, una vida más rica y más abundante.

A semejanza del varón de Galilea de hace casi dos mil años, el grano comido no muere, sino que florece en otra vida, más hermosa y más noble.

Es que en el plano humano, los hombres no mueren definitivamente. Se proyectan en los otros, en sus hijos, en sus descendientes... Y también en todos aquellos a quienes "se" han dado, es decir, en todos aquellos a los que ha amado. En otras palabras, viven en sus actos y en las consecuencias de sus actos, hasta el fin del mundo.

Todo hombre no es más que una llamada hacia el infinito. O es un absurdo, monstruo incomprendible, maravilloso fruto del ciego azar; o bien tiene que existir una respuesta a la pregunta esencial.

El ingeniero, ¿no concibe y construye el automóvil para que ruede?, ¿acaso no tiene alas el pájaro para volar?

El hombre, dotado de facultades infinitas como la razón, la conciencia, el corazón... ¿no estará destinado a vivir infinitamente?

La ciencia de Teilhard de Chardin (y de muchísimos otros), hecha a base de extraordinarias intuiciones, nos muestra el admirable avanzar de la humanidad y del universo hacia una mayor conciencia y un mayor espíritu, gigantesco esfuerzo de la vida para franquear los límites del tiempo y desembocar en la eternidad. "En la tierra-dice Saint Exupery-nada termina, todo consiste en un alumbramiento".*

..Humanamente podemos creer, como razonable, en el destino eterno del hombre y del universo, desarrollo prodigioso de todos los

gérmenes de infinito sembrados en sus entrañas, la revelación divina viene a confirmar y sobrepasar infinitamente lo que presentía nuestro espíritu: no se nos ofrece una vida "humana", sino una vida divinizada en el Hijo de Dios resucitado.

Por eso, para nosotros los creyentes, no existe la muerte; nuestros muertos viven. Son miembros del cuerpo total de Cristo resucitado, igual que nosotros. Espiritualmente estamos relacionados con ellos. Ciertamente no podemos entrar en contacto corporal con ellos, sino que, a cambio de esa noche silenciosa, desaparecen los límites del cuerpo y podemos sí unirnos a la fe. Es que para el cristianismo la muerte física no es un final, sino una etapa: la entrada en la vida.

¿Acaso el sacrificio de nuestro héroe no fue la semilla que brotara en Chile entero e impulsara a los chilenos, sin escatimar sacrificios, hasta que se obtuvo la victoria definitiva?

Digo claramente "sacrificio" y no digo "victoria", toda vez que en términos bélicos no la hubo. Sin embargo, el sacrificio mostró al héroe, al admirador, al imitador... no sólo de un grupo pequeño de chilenos, sino del mundo entero. Las publicaciones de la época así nos lo señalan.

Pero tenemos derecho a preguntarnos, ¿el gesto de Prat fue una decisión tomada porque las circunstancias lo obligaron a actuar de esa manera? ¿O más bien fue una acción que pudo haberse evitado?

Ni lo uno ni lo otro. Nunca sabemos como se forja y se modela un héroe. Al verlo, como a Prat, enfrentar al "Huáscar", sabiendo que la "Esmeralda" está condenada a la derrota y a la muerte, la decisión de luchar y de morir, no es súbita. Necesita un terreno previamente preparado, que viene desde muy atrás. Requiere la formación de la mente, el cultivo de la energía, la incorporación de ideales y valoraciones morales que, en el momento preciso, obren sobre la voluntad y la haga actuar en el sentido preciso del sacrificio. Todo ese caudal inmenso e imperceptible, que estalla como un relámpago en una decisión y un acto determinados, son la llama que se enciende, porque tenía un depósito de combustible en el cual alimentarse. De lo contrario, el instinto egoísta de conservación, la molición del funcionario, los legítimos afanes de mantenerse para los suyos, frenaría todos esos impulsos.

En otras palabras, quisiera recordarles que el héroe que nuestros padres, nosotros y nuestros hijos admiramos, no se improvisó; el glorioso gesto de Iquique no brotó como una flor solitaria en un campo seco y agreste. Los héroes, jóvenes estudiantes, no nacen: se hacen. Las grandes acciones morales como la de Prat han estado siempre preparadas y respaldadas por las pequeñas y al parecer insignificantes acciones de cada día. En efecto, en el hombre que quiere ser héroe, héroe no sólo de las armas sino en cualquier actividad que emprenda, no hay nada sin importancia; no hay ninguna acción trivial; no hay ningún hecho, gesto, palabra, pensamiento o deseo que carezca de valor, y en todos y en cada uno de ellos puede poner todo su corazón, todo su cariño, todo su empeño, toda su decisión.

Arturo Prat es y seguirá siendo un ejemplar prodigioso para la juventud chilena, que se siente atraída por el heroísmo y que hoy busca, sobre todo, el héroe social. De su padre heredaría la delicadeza, la sensibilidad y la honestidad* de su madre adquirió la sobriedad espartana, el cumplimiento del deber, y su gran fe en Dios.

El egregio marino supo substituir en términos sorprendentes el sentimiento de su propia felicidad por el sentimiento de su patria. Se olvidó, como había estado olvidándose toda su vida, de que tenía una existencia propia, una esposa incomparable, unos hijos pequeños que lo esperaban en el hogar, e incluso una carrera de triunfos en el país si hubiera querido prudentemente guardarse para ellos.

Pudo más la imagen de Chile encendida en su mente y el recuerdo de que muchos chilenos, a la mayor parte de los cuales nunca había visto ni conocería, esperaban su sacrificio para ser libres, para poder seguir edificando una patria sin interferencias ni dominaciones extranjeras y para, en fin, proseguir la trayectoria autónoma que nos ha hecho subsistir y avanzar hasta nuestros días. Prat es el mejor tipo de héroe que podemos presentar al escolar. El no es el general de dorados galones, cargado de cruces y honores. El es casi el civil en armas defendiendo a la patria en peligro. Es casi el ciudadano arrancado de sus obligaciones para que tome el fusil y vaya a la frontera a defender el suelo, la ley y la comunidad social del pueblo en que ha nacido.

Supongamos por un minuto que Prat no existe y que no surge la estrella de Iquique, y

habríamos tenido, acaso un Chile muy distinto y muchísimo menos brioso y pujante. Parte del actual territorio no nos pertenecería y una legión incontable de chilenos llevarían un existir más lánguido, desalentado y mediocre.

Tenemos su imagen no sólo como algo que admirar, sino también que imitar. En esta hora social, en que anhelamos poner el interés de la comunidad sobre el individual, Prat nos enseña qué grado de abnegación silenciosa y sobria se necesita para ello. Murió por sus ideales, rubricando con sangre lo que pensaba y lo que creía. Fue auténtico en el pleno sentido de la palabra, pues puede trazarse una línea perfectamente recta entre sus ideales, su vida y su muerte, sin que haya en ella el menor titubeo ni la más leve desviación.

Jóvenes de Puerto Montt que están próximos a concluir el primer escalón en su formación: como la vida de Prat, en la vida de Uds., nada hay más irrelevante: ni el trabajo, ni el estudio, ni el juego, ni la distracción; y en todas y cada una de estas acciones, Uds. pueden y deben poner el empuje de un héroe, el entusiasmo de un héroe, el amor de un héroe. Y sólo si en lo pequeño de cada día son verdaderamente héroes, entonces en el momento en que Dios o la patria le pidan heroísmo, podrán dárselo a la altura y en la medida que lo hicieron Arturo Prat y sus hombres en la rada de Iquique.

Finalmente, os invito para que todos juntos elevemos una Acción de Gracias a nuestro Padre Dios: "Gracias, oh Dios de los ejércitos, por su heroica y bella muerte. Oh, Señor, cuando el valiente capitán cayó en la cubierta del "Huáscar" llevaba consigo lo más grande que puede llevar un hombre: la espada en su diestra, símbolo de austeridad y de mando, de energía y de fuerza, de valor y de coraje; sobre su pecho el escapulario de Nuestra Señora del Carmen, protectora de nuestros guerreros y marinos; en su cartera un detente del Corazón de Jesús, símbolo del amor redentor de Cristo por nosotros; una medalla de la Inmaculada, signo de pureza y milagro; las fotografías de su mujer y de sus hijos, recuerdo de sus más grandes amores terrenos".

"Padre Nuestro que estás en los cielos, hoy te pedimos que el ejemplo de Prat ilumine y conduzca a nuestra juventud por la ruta heroica del deber cumplido hasta las últimas consecuencias".